

XXXVI° COLOQUIO DESCARTES “LAS PSICOSIS”

Carencia de la significación fálica

Alicia Alonso

“La barrera del sentido, o más bien de las significaciones. Digamos que los efectos de significación constituyen una atenuación en nuestra relación con la lengua.”

Jacques-Alain Miller¹

La carencia de la significación fálica revela ser de diversos órdenes; por un lado, se manifiesta en la aparición, en el registro de lo real, de voces o fragmentos del discurso en forma de alucinaciones o neologismos; por otro, en la ruptura del vínculo interno de la cadena significante, así como en la disolución de la conexión de la intencionalidad del sujeto con el aparato significante. En ambos casos, no sólo se trata de una dificultad para producir el cierre de la significación, sino que esto mismo produce efectos en el cuerpo y en la afectividad.² En las psicosis, los trastornos del lenguaje son inseparables de trastornos del goce, de esto son testimonio las vivencias de despersonalización experimentadas en momentos de desamparo y de gran soledad, así como la pérdida de referencias corporales e identificatorias, su extrañeza, y la imposibilidad de participárselo a alguien, o de desprender una significación de estos fenómenos que conciernen a experiencias inefables, inexplicables o de certeza absoluta. De hecho, la convicción del sujeto sobre su experiencia cenestésica, solo es comparable con el carácter enigmático y angustiante de ese goce donde toda significación fálica parece abolida.³

¹ Miller, Jacques-Alain y otros, *Los inclasificables de la clínica analítica*; Paidós, Buenos Aires, 1999; pág. 97.

² Maleval, Jean-Claude, *La forclusión del Nombre del Padre. El concepto y su clínica*; Paidós, Campo Freudiano, Buenos Aires, 2002.

³ Miller, Jacques-Alain y otros, *La psicosis ordinaria*; Paidós, Buenos Aires, 2003, pág. 20

Cuando la articulación significativa se desorganiza, los afectos sufren una perturbación, y el goce –que ya no está sometido al límite fálico– tiende a invadir dolorosamente el cuerpo. Esto se hace más manifiesto –como señala Lacan– en la esquizofrenia, que se caracteriza porque en ella “lo simbólico es real”.⁴ Jacques-Alain Miller desarrolla y despliega el valor de esta referencia en “Ironía”, cuando dice que el esquizofrénico es “el único sujeto que no se defiende de lo real por medio de lo simbólico, como hacemos todos nosotros cuando no somos esquizofrénicos”. Al no poder defenderse de lo real por medio del lenguaje, el sujeto se encuentra invadido por un goce no regulado. En este sentido, “la clínica universal del delirio” solo puede llegar a proferirse desde el punto de vista del esquizofrénico, en tanto este ocupa un lugar de exclusión interna: “Es a partir de la posición subjetiva del sujeto esquizofrénico –concluye Miller–, cuando puede parecer que, para los otros sujetos, lo simbólico sólo es semblante”.⁵ Germán García retoma esta observación en una de sus clases, titulada “¿Para qué psicosis ordinaria?”, y destaca que cuando Lacan dice que el psicótico está en el lenguaje, pero fuera del discurso, supone que el sujeto no está anclado, como el neurótico, a un fantasma, porque “estar en un lazo social no es sino estar en algún tipo de organización sujeto-objeto.” Los cuatro discursos distinguidos y formalizados por Lacan, muestran que no hay discurso que no sea del semblante; por eso –continúa– “tanto Miller, como Lacan, proponen definir al esquizofrénico como un sujeto que se especifica por no estar en ningún discurso, en ningún lazo social.”⁶

Esta carencia en la simbolización designa la ausencia de la metáfora que opera en dicho proceso. Hay un llamado a la castración bajo la forma de una sustracción que, al no poder realizarse en el registro simbólico, se reitera incesantemente en lo real. El sujeto representa la escena de la castración, pero en otro registro; en todos los casos, eso no queda en el registro simbólico.⁷ Como expone Germán García en la clase citada, y en “Las psicosis. Una aproximación a la clínica”, la función del lenguaje “está conectada a la ausencia de la percepción de los objetos”, a esto se refiere Lacan cuando dice que “todo

⁴ Lacan, Jacques, “Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud”, *Escritos*; Siglo XXI, Buenos Aires

⁵ Miller, Jacques-Alain, “Ironía”, *Uno por Uno*, marzo/abril, 1993

⁶ García, Germán “¿Para qué psicosis ordinaria?” (clase especial, PAUSA, 2010), en *Archivo Germán García*

⁷ Miller, Jacques-Alain, “Ironía”, *Uno por Uno*, marzo/abril, 1993

el mundo delira.” Si para el neurótico “la fantasía es el laboratorio donde alguien se puede separar, o terminar de perder, o elaborar algo, como decimos, para volver a enamorarse, no sucede lo mismo en la psicosis, donde hay un mundo de palabras.” En este sentido, para García, es evidente que en las “Presentaciones de enfermos”, las intervenciones de Lacan intentan hacer aparecer el punto de ruptura entre lenguaje y fantasía. “De ahí que el psicótico pueda parecer un megalómano, porque el lenguaje y la cosa son lo mismo, pero, a su vez, eso nos da la clave de una teoría del lenguaje, que es la que Lacan va a aportar, cuando subraya que decir que ‘la palabra es igual a la cosa’ es lo opuesto a decir que ‘la palabra es el asesinato de la cosa’”.⁸ La palabra se articula a la palabra, y esa palabra remite siempre a otra, no hay correlación biunívoca. En la psicosis la palabra no es la muerte de la cosa, y eso comporta que lo simbólico se separa de lo real. “La creatividad del significante, por el sólo hecho, concerniente al lenguaje, de poner la función de la articulación en el lugar de la función de la representación, es delirante, porque al hablar, digo una cosa, interpolo otra; estoy explicando arquitectura y digo lo que significan para mí los edificios, y una serie de cosas que no vienen al caso...”.⁹

Ahora bien, ¿qué hay que entender por la inherencia del falo a toda significación? En el desarrollo de un enunciado el sentido remite siempre a un elemento que es permanentemente anticipado, pero para que el resultado final sea una significación es necesario que se produzca un proceso de cierre. El valor atribuido a los primeros términos de una frase sólo se decide retroactivamente, con la percepción del último término. En este sentido, el punto de basta que permite decidir la significación interviene mediante el significante fálico que representa al sujeto y su goce, pero cuando su función ya no opera, en razón de la forclusión del Nombre del Padre, se produce una desagregación del vínculo organizador del significante como cadena, afectando la retroacción, de forma que el sentido permanece incierto, o bien, por el contrario, permanece fijo.¹⁰ Cuando el falo no interviene para normativizar el lenguaje del sujeto, la movilización del significante tiene que producirse en condiciones especiales.

⁸ García, Germán “¿Para qué psicosis ordinaria?” (clase especial, PAUSA, 2010), en *Archivo Germán García*

⁹ García, Germán “Las psicosis. Una aproximación a la clínica” (conferencia, IOM, 2009), en *Archivo Germán García*

¹⁰ Maleval, Jean-Claude, *La forclusión del Nombre del Padre. El concepto y su clínica*; Paidós, Campo Freudiano; Buenos Aires, 2002

Como podemos observar, a través de numerosos ejemplos, algunos sujetos psicóticos consiguen realizar un trabajo de limitación del goce que se esfuerza en llevarlo al significante, trabajo cuyo resultado es el delirio. Se trata, según escribe Freud, de “un intento de restablecimiento”, por parte del sujeto, que pretende devolver la libido a sus objetos. “Lo que nosotros consideramos la producción patológica, la formación delirante, es, en realidad, el intento de restablecimiento, la reconstrucción. Tras la catástrofe, ella se logra más o menos bien, nunca por completo; una alteración interior de profundo influjo, según las palabras de Schreber, se ha consumado en el mundo. Pero el hombre ha recuperado un vínculo con las personas y cosas del mundo, un vínculo a menudo muy intenso...”.¹¹

Cuando la libido no está localizada, se desplaza a la deriva; allí se escapa a la división que separa, por un lado, los trastornos del lenguaje, y, por el otro, los trastornos del cuerpo. Esta tesis es la base de la clínica borromea.¹² La incidencia del Nombre del Padre se traduce por la emergencia de la significación fálica, en la medida en que el Nombre del Padre es el operador de la simbolización. Pero nosotros no podemos desconocer su incidencia libidinal –subraya Jacques-Alain Miller–, y para decirlo brevemente, “el Nombre del Padre localiza el goce. De manera simple, el goce está presente aquí en términos de significado –lo que no está muy lejos del *objeto a*, que en cierto sentido es un significado. Luego, desde esta perspectiva, ya aquí el Nombre del Padre es un síntoma.”¹³ En este sentido, la pérdida del vínculo libidinal con las personas y los objetos del mundo, mencionada por Freud en el párrafo citado, se puede entender como una pérdida de la representación de la pérdida que opera en todo proceso de significantización, esta ausencia implica que el goce del sujeto no esté cifrado por el significante, ni ordenado por la dimensión contable, ni regulado por objetos fuera del cuerpo. En consecuencia, tiende a manifestarse como invasor, bajo la forma de voluptuosidades extáticas, o de extrañas sensaciones cenestésicas.

En el “caso Schreber”, en sus *Memorias...*, encontramos que ese trabajo de limitación del goce, puede ser escrito, lo que ayuda a trazar un borde, a depositar algo. Pero, “¿cómo lograr sostener al sujeto en la construcción de su

¹¹ Freud, Sigmund, “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente”, Amorrortu, tomo XII, Buenos Aires, pág. 65

¹² Miller, Jacques-Alain y otros, *La psicosis ordinaria*; Paidós, Buenos Aires, 2003; pág. 269

¹³ Miller, Jacques-Alain y otros, *Los inclasificables de la clínica analítica*; Paidós; Buenos Aires, 1999; pág. 334

saber *no estándar* sin que asuma, sin embargo, el sentido de una autorización de pasaje al acto?” –es la pregunta que formula Eric Laurent, quien luego añade– “¿Cómo mantener un movimiento metonímico continuo? [...] El problema... [...] con un sujeto psicótico consiste en separar lo que se obtuvo de la elucubración de saber y la significación de verdad. Podría tratarse de construir un apoyo en lo que constituye un *sinthome* para el sujeto... [...] El *sinthome*, en este sentido, está del lado de la elaboración de saber, desabonado de la verdad del inconsciente.”¹⁴

En algunos casos, la metáfora, como estructura, puede valerse de elementos clásicos y ponerlos en función, y en este sentido, el elemento clásico por excelencia es el Nombre del Padre. Pero, en otros casos, “también puede valerse de elementos que no son estándar, de elementos raros, o incluso puramente individuales y ponerlos en función”, la metáfora puede articular elementos que solo pertenecen a un sujeto. Allí –observa Miller– se abre la dimensión de la invención del síntoma. En este sentido: “No pedimos ningún privilegio para el Nombre del Padre. El Nombre del Padre es un síntoma. Es mucho más banal que los otros. Es un síntoma que sirve para todo...” y como instrumento, es el más eficaz. “Si Lacan acentuó el *saber arreglárselas con el síntoma*, no reclama otro estatuto para el Nombre del Padre, ya que habla de *valerse de él*. Y bien, saber arreglárselas con el síntoma es equivalente a *valerse del Nombre del Padre*. Es decir: es del orden del instrumento”¹⁵

En las *Memorias de un enfermo nervioso* podemos observar que cuando la relación del significante al significado está interrumpida, cuando hay cadena rota, el símbolo alcanza lo real, pero, sin embargo, no lo alcanza bajo la forma de la representación; el significado alcanza lo real de una manera que no deja lugar a dudas. “Vean las frases interrumpidas del presidente Schreber”–indica Jacques-Alain Miller. “En la frase interrumpida, el significado no representa ni mínimamente a lo real, hace irrupción, es decir, que una parte de lo simbólico se vuelve real.”¹⁶ Lacan introduce el tema en su escrito “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis” cuando escribe que la *Verwerfung* “será pues considerada por nosotros como forclusión del

¹⁴ Laurent, Eric, en: Miller, Jacques-Alain y otros, *La psicosis ordinaria*; Paidós, Buenos Aires, 2003, pág. 313-314

¹⁵ Miller, Jacques-Alain y otros, *Los inclasificables de la clínica analítica*; Paidós; Buenos Aires, 1999; pág. 413

¹⁶ Miller, Jacques-Alain, “Ironía”, *Uno por Uno*, marzo/abril, 1993

significante. En el punto donde, ya veremos cómo, es llamado el Nombre del Padre, puede pues responder en el Otro un puro y simple agujero, el cual por la carencia del efecto metafórico provocará un agujero correspondiente en el lugar de la significación fálica”, un párrafo después, Lacan señala que ese daño es un desorden provocado en la juntura más íntima del sentimiento de la vida, poniendo de manifiesto que va acompañado de un sentimiento de lesión del ser mismo del sujeto que Schreber refiere como un “asesinato de almas”.¹⁷

De hecho, en las clases de 1955-56, Lacan indica que la carencia de la significación fálica puede comportar “la disolución del vínculo de la significación intencional con el aparato del significante”, disolución que se manifiesta por una relación de exterioridad del sujeto respecto del lenguaje. Como precisa en el Seminario *Las psicosis*, “El síndrome de influencia deja aún ciertas cosas en la nebulosa, pero el síndrome de acción exterior, por ingenuo que parezca, subraya bien la dimensión esencial del fenómeno, la exterioridad del psicótico respecto al conjunto del aparato del lenguaje”.¹⁸ El sujeto asiste a una emancipación del pensamiento que no reconoce como propio, emancipación que puede presentarse en la forma de un eco, de la enunciación de sus actos, o de lo que algunos sujetos describen como una intrusión de palabras, juegos silábicos, o sinsentidos abstractos. Asimismo, el sujeto puede experimentar un enlentecimiento del pensamiento y la ausencia de un eje temático preciso, donde cada frase, o grupo de frases, puede parecer significativa, y las conexiones significantes pueden producir efectos imaginarios múltiples, pero, sin embargo, la significación del conjunto se mantiene indecible, incierta, porque falla el acceso a la pérdida inherente a la significantización. Cuando el fenómeno de desconexión de los elementos de la cadena se acentúa, el significante, que sólo posee valor diferencial, sufre la destrucción de su función de representación. Jean-Claude Maleval desarrolla estas observaciones en su libro, titulado *La forclusión del Nombre del Padre*.¹⁹

En efecto, en algunas experiencias descritas por Schreber, podemos distinguir estos fenómenos de forma directa. Por ejemplo, cuando escribe:

¹⁷ Lacan, Jacques, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis”, *Escritos*; Siglo XXI, Buenos Aires; pág. 540

¹⁸ Lacan, Jacques, *Seminario Las psicosis. Libro 3*; Paidós, Buenos Aires, 1992; pág. 359.

¹⁹ Maleval, Jean-Claude, *La forclusión del Nombre del Padre. El concepto y su clínica*; Paidós, Campo Freudiano; Buenos Aires, 2002

“Durante años y a intervalos cada vez más breves, me han metido en los nervios, para que se repitan cientos de veces, locuciones conjuntivas o adverbiales concebidas para introducir proposiciones relativas, quedando a cargo de mis nervios completarlas de forma satisfactoria para el espíritu pensante. Así, todos los días puedo oír, multiplicadas por cien palabras incoherentes introducidas sin cesar en mis nervios ‘¿por qué porque yo?’, ‘o sea que’, ‘con respecto a su’...”²⁰ Es notable que la respuesta de Schreber respecto de estos “S1 desconectados”, consista en completarlos con otros significantes, “S2”, para conferirles significación, “tratando de restaurar el anudamiento que se ha roto, brindándole lo que denomina ‘conclusiones significativas’ que en otro tiempo habían sido pronunciadas pero que son silenciadas, quedando a cargo de sus nervios restituirlas”. Las frases interrumpidas dejan en suspenso la designación del sujeto a falta de la intervención de la función del significante binario, necesario para que se produzca una significación.²¹ Schreber escribe que una característica de la naturaleza de sus nervios “es incluso que cada vez que les lanzan palabras sin ningún vínculo, o bien frases interrumpidas, se ponen a buscar automáticamente lo que falta para constituir un pensamiento logrado que sea satisfactorio para el espíritu humano.”²² Se trata, según observa Jacques-Alain Miller, de una trama que se deshace cuando el punto de basta falla, después, el sujeto vuelve a construir algo, en tanto, las voces esperan de él que aporte ese complemento de significación. Cuando hay disyunción enigmática entre significante y significado, uno y otro subsisten como extremos de lo real.

Desde esta perspectiva, el caso Schreber conserva aún su valor paradigmático: “Gracias a la sólida estructura paranoica del caso, encontramos en él explícitamente articulados en el proceso significante fenómenos sobre los cuales no estamos absolutamente informados en otros casos, porque nos faltan las declaraciones del sujeto”.²³ Schreber aporta las precisiones que permiten captar la experiencia, por ejemplo, en la descripción citada, donde no sólo observamos que una propensión al cierre de la cadena significante es claramente discernible en el seno mismo de las alucinaciones, sino, también, el privilegio que Freud reconoce al destino de la libido cuando se refiere al “mecanismo

²⁰ Schreber, Daniel Paul, *Memorias de un enfermo nervioso*, Libros Perfil, Buenos Aires, 1999

²¹ Maleval, Jean-Claude, *La forclusión del Nombre del Padre. El concepto y su clínica*; Paidós, Campo Freudiano, Buenos Aires, 2002.

²² Schreber, Daniel Paul, *Memorias de un enfermo nervioso*, Libros Perfil, Buenos Aires, 1999

²³ Miller, Jacques-Alain y otros, *La psicosis ordinaria*; Paidós, Buenos Aires, 2003

paranoico”, en la tercera parte de las “Puntualizaciones...”, y escribe que “Los rayos de Dios, de Schreber, compuestos por la condensación de rayos solares, haces nerviosos y espermatozoides, no son sino las investiduras libidinales figuradas, como cosas y proyectadas hacia afuera, y prestan a su delirio una llamativa coincidencia con nuestra teoría. Que el mundo deba hundirse porque el yo del enfermo atraiga hacia sí todos los rayos; que luego, durante el proceso de reconstrucción, él deba cuidar angustiosamente que Dios no suelte la conexión de rayos con él: tales detalles, y muchos otros, de la formación delirante de Schreber suenan casi como percepciones endopsíquicas de los procesos que yo he supuesto para fundar una elucidación de la paranoia.”²⁴ En un primer momento, Schreber se esfuerza por encontrar para cada inicio de frase una conclusión que pueda satisfacer “al espíritu humano”, luego trata de defenderse contra esas intrusiones de diversas formas. Las principales son hablar en voz alta, recordar poemas, leer y tocar el piano. El punto en común entre todas estas actividades reside en el recurso a series significantes bien organizadas, lo cual revela a qué se oponen. Si no recurría a métodos de esta clase se sentía en peligro de dar a entender a Dios que el embrutecimiento ya se había apoderado de él, lo cual hubiera autorizado la retirada definitiva de “la conexión de nervios” que actuaba sobre su persona, en esta retirada consiste la amenaza del ser “dejado caer”.²⁵

Lacan lo describe en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, cuando señala que “alrededor de ese agujero donde el soporte de la cadena significativa falta al sujeto” –agujero excavado en el campo del significativo por la forclusión del Nombre del Padre, aclara en el párrafo anterior–, “y que no necesita, como se ve, ser inefable para ser pánico, es donde se ha desarrollado toda la lucha en que el sujeto se ha reconstruido.” Estos últimos meteoros del delirio –como los denomina– “¿no aparecen como el rastro de una estela, o como un efecto de franja, mostrando los dos tiempos en que el significativo que se ha callado en el sujeto, de su noche hace brotar primero un fulgor de significación en la superficie de lo real, luego iluminarse a lo real con una fulguración proyectada desde debajo de su cimiento de nada?”²⁶ Las

²⁴ Freud, Sigmund, “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente”, *Amorrortu*, tomo XII, Buenos Aires, pág.72

²⁵ Maleval, Jean-Claude, *La forclusión del Nombre del Padre. El concepto y su clínica*; Paidós, Campo Freudiano; Buenos Aires, 2002

²⁶ Lacan, Jacques, “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis”, *Escritos*; Siglo XXI, Buenos Aires; pág. 545

alucinaciones ponen de manifiesto que cuando el significante se calla en el sujeto, se produce un retorno en lo real de lo que ha sido rechazado de lo simbólico.

Una cuestión, entre otras, será dilucidar si la perturbación de lo imaginario es un efecto directo de la forclusión, o si es un efecto que pasa por la elisión del falo, como consecuencia directa de la forclusión. Lacan escribe, en el apartado IV, titulado “Por el lado de Schreber”, en la página 538 de los *Escritos*, que la significación del falo debe evocarse en lo imaginario del sujeto por la metáfora paterna; párrafos después, aclara que eso se aplica a la metáfora del Nombre del Padre, o sea, a la metáfora que sustituye este nombre en el lugar primeramente simbolizado por la operación de la ausencia de la madre. “La metáfora paterna –señala Jacques-Alain Miller–, resolvería esta hiancia mortífera del estadio del espejo por la significación fálica. Y cuando la metáfora paterna no funciona, habría elisión de la significación fálica y retorno a la hiancia mortífera.”²⁷

Como podemos observar, para Schreber, nada responde del lado del falo; dejado caer de la mano del Creador, es el Otro quien le deja caer. “Así, no pudiendo sostenerse en la significación fálica y condenado a desaparecer...” – explica Germán García comentando algunos puntos expuestos por Lacan en “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis”–, “Schreber trata de responder a la perturbación inicial de dos maneras: o bien se transformará en un sentimiento de la inminencia de su propia muerte; o bien va a desarrollarse en un goce no regulado por la referencia al falo (goce del Otro). Del lado imaginario, el combate de Schreber se sitúa en contra del goce no fálico, ese goce sin ley... [...] que relata como transformaciones que van desde el hecho de que sus pechos se le hinchen hasta una piel que va a tener una dulzura femenina... Es a este goce sin ley al que Schreber llama *voluptuosidad*, opuesto a lo que se le presenta como goce legítimo de las almas después de la muerte, la *beatitud*. Esta polaridad señala la del *goce del Otro* (fuera de la ley, y en el cuerpo) y el *goce fálico* (fuera del cuerpo puesto que está reservado a las almas). Pero ¿cómo restituir ese límite de la beatitud de las almas frente a la voluptuosidad del cuerpo? Para Schreber se trata de pasar de una posición en la

²⁷ Miller, Jacques-Alain y otros, *La psicosis ordinaria*; Paidós, Buenos Aires, 2003; pag. 267-268

que es objeto de Dios a otra en la que podrá aprovecharse del goce que la ley del orden del universo permite a las almas.”²⁸

¿Qué encontramos al retomar el caso Schreber para captar de manera precisa la articulación entre significante y goce? “Ciertamente –destaca Miller–, encontramos esos momentos en los que Schreber no puede detallar más lo que le pasa, está aquejado por un fenómeno que lo sobrepasa, lo invade, y depende de lo que llamamos en nuestra vulgata un fenómeno de goce: grita con un grito que desgarrar el mundo. Ocurre que él no está siempre, como pueden estarlo otros sujetos, en tal posición. Y cuando no lo está –y escribe por ejemplo sus *Memorias...*–, nos indica con mucha precisión el momento en que se inserta ese grito en el proceso simbólico. Como recordarán, Schreber está obligado a pensar constantemente y cuando surge el pensar-en-nada, cuando se produce la irrupción de dicho fenómeno de goce, el grito catastrófico. Es evidente que estos dos momentos, el de la obligación de pensar y el de pensar-en-nada, que determina la irrupción del fenómeno de goce, se calcan exactamente en la alternancia alienación-separación. El momento del pensamiento obligatorio es una alienación de alguna manera compulsiva: unirse al Otro, permanecer unido por el pensamiento a la cadena significante, no abandonarla, no con nuestra naturalidad, sino por una aplicación sometida a un imperativo dramático, el pensar-en-nada, donde se inserta el grito, es en cambio la versión schreberiana de la separación. Si se acepta lo que digo –concluye Miller–, se entiende que la irrupción libidinal es un momento perfectamente situable en el proceso simbólico. Ocurre que en cierto número de casos el sujeto no está en condiciones de restituírnos su lógica.” Para dar su justo lugar a los fenómenos que dependen de la separación, siempre hay que intentar restituir, en la fase de la alienación, eso a lo que efectivamente tenemos acceso en la experiencia analítica, articulando los fenómenos de goce con su lugar en el proceso simbólico, porque esa sigue siendo la lección fundamental de Lacan.²⁹

Como destaca Germán García, al referirse a la riqueza simbólica de las fantasías e ideas delirantes de este “espiritual paranoico”, las *Memorias de un enfermo nervioso* son extraordinarias; “está descripta la locura desde adentro,

²⁸ García, Germán y otros, “(No) Sobre la blasfemia” (Cuarto Encuentro del Campo Freudiano. “Histeria y obsesión”, 1986), en Archivo Germán García.

²⁹ Miller, Jacques-Alain y otros, *La psicosis ordinaria*; Paidós, Buenos Aires, 2003; pág. 389-390

{Schreber} se describe a sí mismo con gran lucidez y, además, escribe muy bien. [...] Es decir que ese texto loco, no tiene nada de loco, lo único que tiene de loco es que en vez de ser un lenguaje donde la cosa fue asesinada, es un lenguaje que recupera, de manera brillante, la cosa a costillas del propio cuerpo, porque es el propio cuerpo el que se convierte en la cosa alucinada.”³⁰

³⁰ García, Germán “Las psicosis. Una aproximación a la clínica” (conferencia, IOM, 2009), en *Archivo Germán García*